

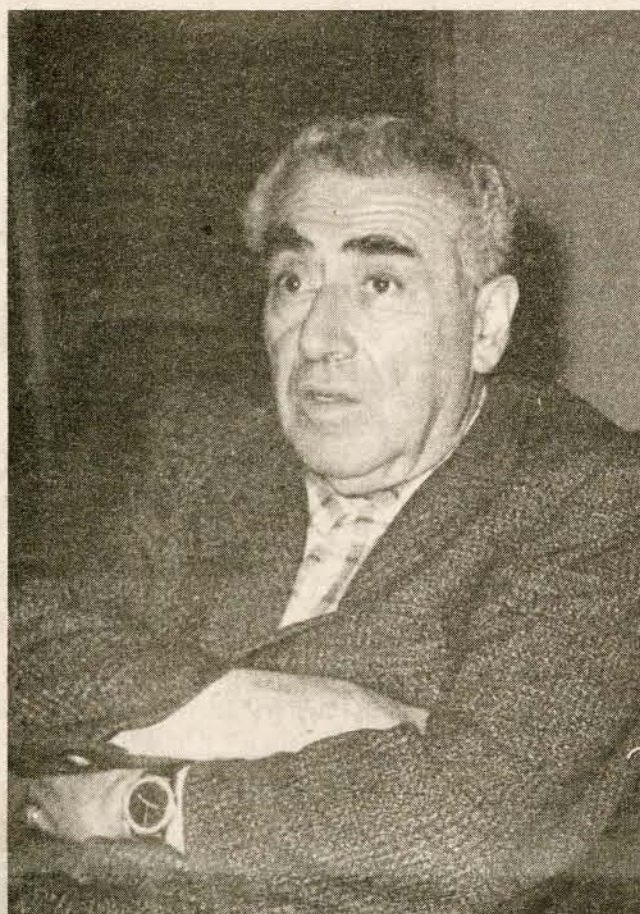
La leyenda lo recordaba como un energúmeno entrando a caballo en los salones de las casas alegres. Ahí se robaba a la mujer más hermosa y partía galopando con ella a la grupa. Usaba un largo pistolón con su carga cruzada de balas como los revolucionarios mexicanos en los tiempos de Pancho Villa. Habría sido un bandolero solitario, temible y vociferante. Como había estudiado latín los insultos y amenazas las profería en ese idioma. Era un cuatrero extraño, distinto, no alto sino grueso, con voz un tanto profunda y pelo crespito, levemente curvado y con los ojos como relámpagos. Llegado el momento —todo esto en el área de la fantasía posible y también imposible— colgó su pistola, cambiándola por una gruesa lapicera con la que escribió sus 43 libros más otros que quedaron desparramados. Uno de ellos, aquí en Concepción. ¿Quién lo recuperará? Pero hoy quiero contar el lado humano y personal de este poeta de hijos y nietos innumerables; por algo tuvo la oportunidad de ser su amigo un cuarto de siglo. Toda su vida estuvo signada por la incomprensión y el desprecio. Nada lo sorprendió, hasta que por fin se disparó un tiro en la cabeza. Minutos antes, en una ceremonia íntima, reunió en un solo dedo las argollas que simbolizaban su matrimonio con Winett, la hermosísima mujer de siempre con su pelo de algodón. Desde la aparición de su libro de poemas "Los gemidos" se produjo una unánime explosión de la crítica en su contra. Fue un innovador y un maestro del agravio, pero nunca lanzó la primera piedra. Sus temibles contragolpes no reducían al enemigo a escombros. Como anotara el crítico Juan de Luigi, que fue uno de los pocos que interpretó el sentido profundo de su obra casi incommensurable, don Pablo perdía las proporciones. En vez de defenderse con una honda disparaba con un cañón de grueso calibre. Su detractor quedaba incólume porque las balas pasaban de largo.

UN TORRENTE

Tenía hábitos muy curiosos. Al llegar a los pueblos, donde se bajaba con su cargamento de libros en paquetes amarrados con nudos marineros, buscaba la plaza. Ahí lustraba sus bototos de doble suela y toperoles. Era como un rito. Luego se dirigía a la comisaría y solicitaba al oficial de turno permiso para ir al baño. Salía orondo, agradecido, con una sonrisa un tanto burlesca. Luego iniciaba su trabajo puerta por puerta. Si el lugar escogido era una ciudad, siempre elegía una pieza determinada en un mismo hotel, como ocurría en Concepción en el Cecijl de la calle Prat, frente a la estación. Luego revisaba su lista de clientes potenciales: "Ramón R., ingeniero, adinerado, pero ignorante. Juan L., escurridizo: paga con cheques a fecha. Hugo B., nuevo rico y figurón, pero experto. Sabe elegir lo mejor". Y así. En realidad era una enciclopedia clave, un diccionario de alta precisión muy útil para su trabajo. Pocas veces se equivocaba. Como vendedor de los cuadros de sus hijos Carlos y Lukó era un actor formidable. Un día lo acompañé a visitar a un médico de Coronel. La familia estaba almorzando. Irrumpió como un bólido descolgando todos los cuadros que estaban en las paredes diciendo: "¿Cómo es posible que ustedes que son personas cultas tengan estos adefesios! ¡Es una vergüenza pública, hay que botarlos a la basura!" Y sin pérdida de tiempo los reemplazó por los cuadros que portaba en una inmensa carpeta. "Estas sí que son obras maestras", aseguró con tono rotundo. "Es la gran oportunidad, porque pronto serán adquiridas por los museos de arte moderno más importantes del mundo". Los dueños de casa quedaron atónitos. El cirujano sacó una voz tímida para preguntar: "¿Y cuánto vale ese cuadro, señor?", indicando uno que le había interesado más que los otros. Respondió el poeta: "Sólo cincuenta mil pesos. Un regalo, una ganga. Ya mañana costará el doble. Y dentro de un año ustedes podrán educar a sus hijos en la universidad, si es que desea venderlos". "Está bien —respondió el médico—, se lo compraremos". "Entonces —insistió el poeta—, si me adquieren dos les puedo hacer un treinta por ciento de descuento". No hubo respuesta. "Un cuarenta, un cincuenta". "Entonces le compraremos dos", aseguró el médico. Después del pago correspondiente don Pablo reunió el resto de los cuadros y partimos. En la picada más cercana —eran las tres de la tarde— pidió como entrada tres patas de vaca. Se las sirvieron con cebolla picada y limón. Nos sorprendió a sus acompañantes la maestría con que usaba el cuchillo. Hasta una hormiga se habría muerto de hambre de haber encontrado un hilo de carne sobrando. No siempre tenía éxito en sus ventas. A veces no lograba convencer a nadie.

El otro Pablo de Rokha

● De este poeta ciclópeo, enorme, injustamente olvidado por la crítica y los medios oficiales, algún día tendrá que escribirse una gran obra que redima su inmensa e importante producción. Hoy, sin embargo, sólo nos aproximaremos a su lado humano y personal.



Fue un maestro del agravio, pero nunca lanzó la primera piedra.



Con Violeta Parra, en una tarde de Concepción, cuando después del canto sobreviniera la tristeza.

Entonces regresaba a su casa con un canasto con quesillos frescos y flores. Era la clave. No había dinero. Pero cuando la suerte lo favorecía, de nuevo mostraba sus hábitos inconmesurables y fraternos. La fiesta empezaba el viernes por la tarde con un cordero a las brasas. Terminaba al anochecer del domingo. 15 ó 20 invitados. El lunes, el poeta subía a una carreta los colchones y una caja con la vajilla. Los empeñaba. Mañana sería distinto. Una vez le escuchamos que en sus momentos de extrema pobreza tuvo que sepultar al más pequeño de sus hijos, que sólo tenía algunos meses, llevando el féretro blanco en micro.

EL AMOR DE TODA LA VIDA

Su padre había sido un señor feudal de Licantén y lo educó en un colegio selectivo de Talca. Tenía 21 años cuando se enamoró de Winett. Le tuvo que ir a pedir su mano al padre, un

uniformado de alto rango. El futuro suegro le preguntó: "Señor, ¿en qué se gana la vida?". "Soy poeta y a mucha honra", respondió secamente el pretendiente. La sorpresa del general fue de tales proporciones que le llegó a saltar el monóculo que usaba a la moda prusiana. "Fuera de aquí", le dijo, indicándole la puerta. "No quiero que mi hija se muera de hambre", argumentó. Don Pablo se levantó para decirle: "Usted es una persona inculta". El uniformado perdió la calma y el poeta también. Entonces le dijo: "Como este es un problema entre caballeros, lo reto a duelo. En el campo del honor, usted pagará su calumnia", concluyó el pretendiente. Agregó: "Usted puede elegir el arma, le cedo esa opción". El uniformado permanecía en silencio. Entonces don Pablo le dijo: "El arma será una pistola". "Acepto", fue la inmediata respuesta del general. El poeta salió a contarle el episodio a sus amigos que le servirían de padrinos. Le dijeron: "Has cometido un disparate porque el general es campeón de Chile de tiro al blanco. Te perforará el corazón al primer disparo". Toda la noche se hicieron gestiones para anular el desafío. Por último, el general le

perdonó la vida. Winett, que después escribiría una serie singular de libros de poesía, empezó a compartir su vida con ese galán pobre que estaba gestando su gran obra. Se fueron al campo y en la zona central empezaron a nacer los hijos. Al enviudar, el poeta recibió un golpe del cual nunca lograría reponerse. Durante largo tiempo perdió la vitalidad que parecía invencible; era como un sonámbulo. No volvió a casarse.

Uno de sus grandes amigos locales fue Daniel Belmar. La fiesta tomaba vuelo cuando aparecía Violeta Parra, que en esos tiempos estaba organizando —en otra de sus "voladas"— el primer museo musical folklórico. El trio terminaba cantando. Belmar con sus bajos tonos de barítono, don Pablo completamente desafinado, y Violeta con su voz dramática y emotiva. Sobre su legendario apetito se podrían escribir varios capítulos. Le gustaba el oficio de los carniceros y pronto se hacía amigo de ellos. Pedia que le abrieran el frigorífico industrial donde colgaba el animal. Entonces iba guiando el cuchillo del matarife, eligiendo los trozos necesarios para sus impresionantes asados a la parrilla. Una de sus costumbres más reideras era que compraba las longanizas por metros. Sufrió varios achaques a pesar de su salud de roble. Le comenzó a fallar el corazón. Los médicos le recetaron el peor de los fármacos: descanso. En una oportunidad, estando en cama, le grabé unos sonetos desconocidos publicados en "La Nación". Se los había dedicado a Winett. Se le preparó una triple almohada y comenzó a leer cuando de pronto escuché un rugido y después un grito que no parecía humano. Es que estaba llorando. Me pidió que lo dejara solo y al regresar se disculpó con la humildad de un niño. "¿Se imagina a un De Rokha con estas lágrimas? Es algo macabro", agregó al reanudar la lectura.

MURIO COMO VIVIO

Era un hombre solitario, pero inventaba cándidos mitos para reforzar una popularidad que nunca tuvo, tal vez por el desprecio y el silencio con que lo trató la crítica. Hernán Díaz Arrieta (Alone) lo eliminó de su "Historia personal de la literatura chilena", pese a sus 43 libros publicados. Lo mismo ocurrió con Fidel Araneda Bravo, Edmundo Concha y otros tantos comentaristas de la época. En una oportunidad, cruzando el desierto quedó en pana. Después de horas de espera apareció a la distancia un vehículo. El camionero lo saludó: "Don Pablo, gran poeta nacional, ¿en qué puedo ayudarlo?" Lo remolcó hasta el pueblo más cercano. Mientras reparaban el desperfecto el poeta preguntó: "¿Habría por aquí algún lugar para servirse algo?". Le indicaron un boliche que estaba a media cuadra. Llamó y desde el fondo de la pequeña casa una mujer le dijo: "Perdone, don Pablo. Estoy en cama, pero sírvase lo que quiera". ¿Quién no lo conocía? Pero no era así. En el interminable duelo con Pablo Neruda se produjo la posibilidad de una reconciliación. Neruda escuchó el mensaje. Respondió con su voz calmada: "Ya es demasiado tarde y no vale la pena". Cuando se sintió enfermo le exigió a su médico que le dijera el nombre de su mal y cuánto tiempo de vida le quedaba. Cáncer. Tuvo un gesto final confirmando su irremediable ternura de viejo arrinconado por la edad y la miseria digna. Adoptó, dándole su apellidado, a la pequeña hija de la empleada que lo atendía. Fue esta niña la que escuchó el estampido de su muerte. Cuando corrió hasta su dormitorio lo vio con la cabeza caída sobre el pecho. Confirmó una sentencia que siempre le gustaba repetir: "Si la muerte no ha llegado, ¿entonces para qué preocuparse? Y cuando llega, quiere decir que nos hemos puesto de acuerdo con ella. Y entonces, en ese caso, ¿para qué preocuparse?"